

res. La horca, el garrote vil, la guillotina, figurarían en la misma línea que los antiguos quemaderos».

Durante el largo transcurso del Auto y cansado de lecturas tan pesadas, había acabado Jeromín por dormirse apoyado en las rodillas de D.^a Magdalena: mas vióse al despertar envuelto en un extraño tumulto, de que nunca pudiera imaginar ser él mismo la causa. Hé aquí cómo refiere Vander-Hammen esta escena: «Habíase hallado a él (al Auto) la mayor parte de Castilla la Vieja y buen número de andaluces y castellanos nuevos; y como la voz se esparció por todos del nuevo hijo de Carlos V, faltó poco para no suceder un desastre lastimoso; porque cada uno pretendía verle, y los guardas no eran poderosos a resistirles. Arrojábanse casi unos sobre otros, sin temer las albardas, venablos y arcabuces. Llegó el caso a estado, que le hubo de tomar en brazos el Conde de Osorno hasta la carroza de la Princesa porque le gozasen todos. En ella le llevó la hermana a Palacio (casas del Conde de Benavente) siguiéndole gran golpe de pueblo; y desde allí le volvió D.^a Magdalena a su Villagarcía».

Yerra, sin embargo, Vander-Hammen en lo que dice de la Princesa, como en algunas otras cosas. El Conde de Osorno cogió en efecto a Jeromín y le levantó en brazos para mostrarle al pueblo; pero no le entregó a la Princesa, ni ésta cometió la imprudencia de llevarle consigo a Palacio. Entrególe a D.^a Magdalena, de la cual le había separado el tumulto, y esta señora le volvió aquella misma noche a Villagarcía.

El niño, asustado del alboroto, cuya causa no sospechaba, preguntaba con cierta ansiedad medrosa si los herejes se habían escapado.



XVI



OLVIÓ al fin a España Felipe II después de cinco años de ausencia, y desembarcó en Laredo el 8 de Setiembre de 1559: seis días después hizo su entrada en Valladolid, y al siguiente entrególe su hermana la Princesa D.^a Juana el gobierno del reino, retirándose ella al convento del Abrojo, que dista de allí una legua. No tardó en reunirsele D. Felipe, pues el 21, primer aniversario del Emperador, hizo celebrar en el mismo convento del Abrojo solemnísimas honras por el descanso eterno de su alma.

Mientras tanto esperaba Luis Quijada en Villagarcía con verdadera ansiedad las prometidas decisiones del Rey sobre Jeromín, que tanto debían afectar a toda la familia. Mas el Rey nada decidía, y acostumbrado el antiguo mayordomo a las prontas resoluciones del Emperador, verdaderas intuiciones del genio, que ve, plantea, medita y resuelve en un segundo lo que ingenios más vulgares tardan meses en resolver, desesperábase y no se avenía bien con la lenta parsimonia de D. Felipe.

No se había olvidado, sin embargo, éste de su hermano, como lo prueba aquel famoso Consejo de Estado de que habla Antonio Pérez en una de sus cartas a Gil de Mesa, *que se tuvo tan devatido, aviéndose hecho vandos sobre el caso todos aquellos grandes consejeros, cada uno con su fin, pero con razones del servicio de su Rey, sobre si el Rey católico Phelipe devria seguir el consejo de su padre en el estado de vida de su hermano*. Bellaquería sin duda alguna, esta última, del tramposo secretario Pérez, pues ni los consejeros, ni mucho menos Felipe II, podrían nunca ni en manera alguna poner en tela de juicio lo que el Emperador no aconsejaba, sino mandaba terminantemente en su testamento con respecto a su hijo bastardo.

Recibió al fin Luis Quijada un mensaje del Rey, mandándole que el 28 de Setiembre saliese al monte de Torozos con achaque de una montería, llevando consigo a Jeromín en el traje de labradorcillo que siempre había usado; que dirigiese la pista hacia el monasterio de la Espina, y que a eso del mediodía haríasele él allí encontradizo, entre el convento de los frailes y la torre de los montaneros. Avisábale también que nada advirtiese ni revelara todavía al niño, porque este cuidado quería él reservárselo.

Y sucedió entonces a Luis Quijada lo que en las más de las ocasiones acontece; que lo muy esperado y deseado nos llena al llegar de tristeza y desencanto. Cierto que con este aviso sonaba para él la hora de las recompensas; porque el Emperador, que nunca pecó de generoso, jamás le hizo merced alguna, dejando tan solo encomendado a su hijo que pagase en su nombre esta verdadera deuda. Pero al mismo tiempo que esta hora, halagüeña siempre para todo hombre, llegaba también la de separarse de Jeromín, y arrancárselo a D.^a Magdalena, que sobre toda ponderación le amaba, y a sí mismo que se había acostumbrado ya a

ver en el muchacho su cariño, su delicia, el objeto de sus desvelos y el recuerdo vivo del Emperador, encarnado todo junto y en una sola pieza en aquella simpática figurita, capaz ella por sí sola de arrebatarse todos los corazones. A este solo pensamiento, los ojos del fiero vencedor de Hesdín se arrasaban de lágrimas.

Pensó primero ahorrar el peso de aquella aflicción a doña Magdalena hasta el último momento; mas siempre es flaco el hombre en achaque de penas, y así como en todas las cosas se apoya orgullosamente en sí mismo, así también busca en el dolor el apoyo de la mujer, más débil en todo menos en el sufrir, porque encuentra más de ordinario en Dios la virtud de la fortaleza. Ni aun siquiera hasta la noche supo esperar Luis Quijada; y aquella misma tarde, llamando a D.^a Magdalena a un lugar retirado, dióle cuenta de lo que sobre Jeromín ocurría y había ocurrido desde el momento en que le reveló el Emperador el secreto de su nacimiento. Jamás habían tenido los dos esposos explicación alguna sobre este punto, y entonces pudieron admirar ambos, ella en él, su lealtad y abnegación en callar secreto que tanto le pesaba: él en ella, su prudencia y su delicadeza en no preguntar ni indagar lo que tanto había de mortificarla.

Doña Magdalena no pensó un solo momento en sí misma. Todo lo comprendió bien; todo supo apreciarlo en su verdadero punto de vista; pero sólo en una cosa se fijó y sólo ella la angustió desde luego el corazón llenándola de espanto... Que Jeromín, su hijo querido, porque como tal le consideraba, iba a sufrir de repente, a los trece años, uno de esos bruscos cambios de fortuna, que bastan para trastornar las cabezas más firmes... Que dentro de breves días veríase el niño en la cumbre de la fortuna; pero aislado de todo cariño, solo, envidiado y quizá envidioso, sin tenerla

a ella para defender su alma en la juventud, como la había defendido en la niñez contra las malas inclinaciones de la naturaleza y los amagos del vicio y del pecado.

Doña Magdalena no tenía las rápidas intuiciones del genio, pero tenía los espontáneos arranques del corazón, y propuso a Quijada, sin titubear un momento, no abandonar al muchacho y seguirle a la Corte, sacrificando su tranquilo reposo de Villagarcía, a trueque de velar por él, aunque solo fuera desde lejos, y no dejarle abandonado de repente y en edad tan temprana en mitad del bullicio y los peligros de una corte.

Luis Quijada creyó que su mujer le adivinaba los pensamientos, pues había él imaginado lo mismo: mas parecíale aún ocioso tirar ningún género de planes hasta conocer claramente los del Rey con respecto a Jeromín, y los que pudieran abrigar con respecto a la persona misma de Quijada.

Eran harto frecuentes en Villagarcía las partidas de caza para que pudiese llamar la atención de Jeromín la sencilla montería que mandó disponer Luis Quijada para el 28 de Setiembre en el monte de Torozos. Quiso sin embargo Quijada atar bien todos los cabos y prevenir con tiempo esos inconvenientes de última hora que malogran a veces las más bien meditadas empresas. Llamó, pues, aparte a su montero, y mandóle preparar para el siguiente día dos o tres batidas a primera hora, y levantar luego una pista falsa o verdadera que le llevase al monasterio de la Espina; pues érale forzoso estar poco antes de mediodía entre el convento de los frailes y la torre de los montaneros.

Salieron al amanecer Luis Quijada y Jeromín, sin más aparato que el necesario de perros y monteros. Iba Jeromín en un caballo negro muy bien enjaezado, llevando sobre la ropilla de labrador un sayo de monte verde. Cazaron hasta

las diez de la mañana con muy buena fortuna, y a esta hora avisó el montero que los perros levantaban la pista de un ciervo hacia el lado de la Espina. Siguiéronla Luis Quijada y Jeromín internándose en el monte, cada vez más agreste y solitario, hasta que los perros se pararon de repente jadeantes, y husmeando a uno y otro lado como desorientados, se lanzaron al fin por otra pista transversal y diametralmente opuesta. Oyéronse al mismo tiempo por aquel lado sonos de bocinas y grande estruendo de ladridos y vocerío, y vióse cruzar como una flecha entre las carrascas un gallardo ciervo y otra furiosa jauría, y un tropel de cazadores que le iban persiguiendo.

Paró Luis Quijada en firme su caballo, y dijo a Jeromín mirando atentamente a los cazadores desaparecer en la espesura:

—Monteros del Rey son... Dejémosles libre el monte..

Mudaron entonces el rumbo hacia un espacio claro que había dejado en el monte una corta de encinas, y a poco descubrieron a la derecha la torre de los montaneros, a la izquierda los muros del convento, y entre ambos edificios, un bosquecillo de unas cien encinas, de esas que por dejarse en las cortas para sombrear el ganado llamaban *atalayas*. Por entre ellas salían en aquel momento dos caballeros, cabalgando muy al paso, como si esperasen algo o hablasen reposadamente.

Vióles Jeromín el primero y llamó la atención de Quijada: mas éste siguió caminando hacia ellos como si fuera su intención salirles al encuentro. De repente paró Jeromín su caballo: había reconocido en uno de los jinetes al caballero de nariz corva y luenga barba muy cuidada, que viera en Valladolid cinco años antes, en la huerta de los Descalzos.

Detúvose también Quijada, y volviéndose en la silla a

Jeromín que había quedado rezagado, díjole con cierta honda emoción extraña en hombre tan sereno.

—Llegáos, Jerónimo, y no os alborote esto... Ese gran señor que veis allí, es el Rey: el otro, el Duque de Alba... No os alborotéis, digo; porque quiédeos muy bien y piensa haceros mercedes...

Estaban ya encima los dos jinetes, y seguíanles de lejos otros dos que parecían monteros del convento. No tuvo Jeromín tiempo de contestar; pero túvolo de reconocer en el Rey al joven blanco y rubio de barba recortada a la flamenca que vió cruzar la plaza de Valladolid entre los vítores del pueblo, desde el rosetón de la sacristía de los Descalzos. Los cinco años transcurridos habíanle dado, sin envejecerle, más gravedad a su rostro y más reposo a sus maneras. Contaba entonces D. Felipe treinta y dos años.

Apeáronse los de Villagarcía y fueron a besar la mano al Rey con una rodilla en tierra. Alargósele éste a Luis Quijada sin moverse del caballo: mas era Jeromín tan chico, que no pudo cumplir esta parte del ceremonial en aquella humilde postura. Apeóse entonces el Rey riéndose alegremente, y dióle a besar la mano, y levantándole la barbilla miróle de hito en hito largo rato con grande curiosidad y como si pretendiese turbarle. No lo consiguió, sin embargo: ni era ya Jeromín el niño asustadizo y tímido que había ido a Yuste, ni tuvo nunca D. Felipe a sus ojos aquella aureola de ser sobrenatural con que siempre se presentaba a su imaginación la figura de Carlos V.

Hizo entonces el Rey a Jeromín muchas preguntas, a que contestó el muchacho con despejo y muy compuesta modestia; pero sin cortedad ni encogimiento, y fuese luego con Quijada hacia el bosquecillo de encinas, dejándole solo con el caballero de nariz corva y luenga barba, que le ha-

bía dicho Luis Quijada ser el Duque de Alba. Los monteros habían recogido los caballos, y manteníanse a respetuosa distancia.

Mal rato pasó entonces Jeromín al verse solo con el grave magnate, que se mantenía a su lado respetuosamente de pie y con la gorra en la mano. Parecíale esto muy extraño a Jeromín, habiéndose alejado el Rey y aun perdiéndose de vista entre los árboles, y molestábale y le turbaba aquella humilde actitud en tan alto personaje. Rompió al fin el Duque aquel embarazoso silencio, preguntando a Jeromín por D.^a Magdalena de Ulloa, y haciendo gran panegírico de sus dotes y virtudes: lo cual fué tan del agrado del niño que rompió al punto el hielo y estableció comunicación y simpatía entre el famoso caudillo y el inocente muchacho.

Mientras tanto informábase D. Felipe detalladamente de Luis Quijada sobre el carácter y cualidades de Jeromín, y confiábale y sometía a su consejo los planes que sobre él tenía formados. Era su intento reconocerle públicamente como hijo del Emperador y hermano suyo propio, y darle en la corte la categoría de Infante, aunque sin este nombre ni más tratamiento que *Excelencia*. Teníale ya formada casa a este propósito, y pensaba educarle con su hijo el Príncipe D. Carlos y su sobrino Alejandro Farnesio, a fin de que las buenas cualidades de Alejandro y de Jerónimo despertasen la emulación en el ánimo flojo y no bien inclinado del Príncipe D. Carlos.

Mas para todo esto érale necesario a D. Felipe el concurso de Luis Quijada y de su esposa: porque evidente era que aquel brusco cambio de la fortuna podía hacer grandes estragos en Jeromín, si no tenía a su lado para guiarle y corregirle, aquellas mismas personas que con tan buena fortuna habían enderezado ya sus primeros pasos. Por eso

quería D. Felipe que con el nombre de Ayo siguiera Luis Quijada a Jeromín a la Corte y le gobernase a él y gobernara su casa, y le acompañase igualmente D.^a Magdalena y le amara y guiara con el nombre de madre; cargo, decía D. Felipe, que no se reconoce ni se retribuye en la Corte, pero que Dios y el Rey le agradecerían y retribuirían con verdadera largueza.

Y para establecer un vínculo que uniese más y más a Jeromín con el Príncipe D. Carlos, y pudiera éste aprovecharse de las ventajas morales que aquél tuviera, quería también el Rey que aceptase Luis Quijada el cargo de Caballerizo mayor del Príncipe; y para autorizar estos cargos y darles el ayuda de costas que requerían además de sus sueldos, ofrecíale el Rey para muy en breve la Encomienda del Moral en la orden de Calatrava, y dábale desde luego la plaza de Consejero de Estado y de guerra.

Aceptólo todo Luis Quijada gustosísimo, porque todo ello venía a satisfacer sus aspiraciones y a cumplir sus deseos y los de D.^a Magdalena, como si el mismo Rey les hubiese consultado antes. Satisfecho también D. Felipe, y dejándose llevar de su nimio afán de detallarlo todo, dióle a Luis Quijada un papel en que se hallaban anotadas las personas que habían de formar la casa de Jeromín, y ordenóle que con entera libertad hiciera cuantas observaciones le ocurriesen, porque dispuesto estaba a modificar y aun a variar por completo todo lo que a juicio de él y de D.^a Magdalena fuese necesario para la conveniencia del niño.

El personal de la casa era éste:

Luis Quijada, Ayo y Jefe de su casa.

El Conde de Priego, D. Fernando Carrillo, Mayordomo mayor.

Don Luis de Córdoba, Caballerizo mayor.

Don Rodrigo Benavides, hermano del Conde de Santisteban, Sumiller de corps.

Don Rodrigo de Mendoza, Señor de Lodosa, Mayordomo particular.

Don Juan de Guzmán, D. Pedro Zapata de Córdoba y D. José de Acuña, Gentilshombres de cámara.

Juan de Quiroga, Secretario.

Jorge de Lima y Juan de Toro, Ayudas de cámara.

Don Luis Carrillo, primogénito del Conde de Priego, Capitán de su guardia, la cual había de ser la mitad española y la mitad alemana.

Aprobada que fué esta lista por Luis Quijada, en su nombre y en el de D.^a Magdalena, dióle el Rey la última orden... Que de allí a dos días, es decir, el 1.^o de Octubre, estuviese Jeromín instalado con ambos esposos en Valladolid, en las casas que poseía D.^a Magdalena frente a las del Conde de Rivadeo, que habían de ser por entonces la residencia del nuevo Príncipe; y que el 2 de Octubre, a las doce del día, llevase Luis Quijada secretamente a Jeromín a Palacio, para que después de la comida pudiera el Rey presentarle a la Princesa D.^a Juana y al Príncipe D. Carlos, y reconocerle por hermano ante toda la corte. El tiempo y la ocasión vendrían más adelante de publicar este reconocimiento por todo el reino.

Duró más de una hora esta plática que sostuvieron el Rey y Luis Quijada, paseando a la sombra de las encinas atalayas, y cuando salieron ambos al claro del monte, ni la perspicacia de cortesano tan fino como el Duque de Alba, hubiera podido descifrar en aquellos rostros impasibles lo que entre ellos había mediado. Al acercarse al grupo que Jeromín y el Duque formaban, dijo el Rey a Luis Quijada:

—Fuerza será agora quitar la venda al muchacho.

Dirigióle entonces a Jeromín otras muchas preguntas

muy afables y aun chanceras, y como quien recuerda algo de repente, díjole muy cariñoso:

—Y a todo esto, señor labradorcillo, no me habéis dicho aún vuestro nombre.

—Jerónimo, respondió el muchacho.

—Gran santo fué; pero preciso será mudároslo... ¿Y sabéis quién fué vuestro padre?...

Enrojó Jeromín hasta el blanco de los ojos, y alzólos hacia el Rey entre llorosos e indignados, porque le pareció afrenta no tener respuesta que darle. Mas conmovido entonces D. Felipe, púsole una mano en el hombro, y con sencilla majestad le dijo:

—Pues buen ánimo, niño mío, que yo he de decíroslo... El Emperador, mi señor y padre, lo fué también vuestro, y por eso yo os reconozco y amo como a hermano.

Y abrazóle tiernamente sin más testigos que Luis Quijada y el Duque de Alba. Los monteros miraban la escena desde lejos sin darse cuenta de ella... Los ladridos de la jauría y la alegre fanfarria de las bocinas anunciaba a lo lejos que los cazadores volvían trayendo una res muerta...

Aturdido por aquella revelación subió Jeromín al caballo, teniéndole Luis Quijada el estribo. En todo el trayecto hasta Villagarcía solo una vez desplegó los labios: volvióse a Luis Quijada, que le seguía, y preguntó:

—¿Y mi tía, sabe?...

—Todo, respondió Quijada.

Apretó el paso Jeromín, como si el llegar al castillo se le hiciese tarde, y atravesó corriendo el patio, y subió a saltos la escalera, y llegó al estrado abriendo y cerrando puertas con estrépito... Estaba allí D.^a Magdalena, de pie, sola, muy pálida... Lanzóse a ella el niño y le asió la mano para besársela...

—¡Tía!... ¡Tía!...

—Señor mío es V. A., que no mi sobrino, le respondió la dama. Y quiso besarle ella la mano, y sentarle en su sillón y hacerlo ella sobre la alfombra.

Mas el niño, fuera de sí, gritó con energía inmensa que enronquecía su voz empapada en llanto:

—¡Nol!... ¡Nol!... ¡Nol!... ¡Mi tía!... ¡mi tía!... ¡mi madre!...

Y se abrazó a ella llorando, convulso, desolado y rabioso al mismo tiempo, como quien llora un bien por su culpa perdido; y la sentó a la fuerza en su sillón, y no calló ni sosegó hasta que sentado él a sus pies y con la cabeza apoyada en sus rodillas, le prometió una y mil veces doña Magdalena que siempre sería *su tía*, que nunca dejaría de ser su madre.

Sucedía todo esto un jueves, y al lunes siguiente, que fué 2 de Octubre, verificóse el reconocimiento de Jeromín en el Palacio de Valladolid; tal como el Rey D. Felipe lo había dispuesto. Así consta en el manuscrito de la biblioteca Magliabecchiana de Florencia, citado por Gachard: «... Jueves 28 de Setiembre, alcanzaron los señores del Santo Oficio que el Rey no se fuese hasta ver el acto; y así luego lo hicieron pregonar para el 8 de Octubre. Y así se fué el Rey a la Spina, y allí le truxeron su medio hermano, y holgó de vello tal como es, hermoso y avisado; y mandó que le llevasen a su casa secretamente. Y así, el lunes siguiente, hizo a todos los de su palacio que le reconociesen por su hermano, començándolo él abraçar y a besar, y luego su hermana, y luego su hijo, y luego los demás de capa negra.»

No es, pues, exacto lo que dice Vander-Hammen de que Felipe II impusiese a su hermano el Toisón de oro, ni en el monte de Torozos ni en el palacio de Valladolid. Lo que sucedió en efecto, en esta segunda entrevista, fué que el Rey dió a su hermano el apellido de la familia, y tro-

cando su nombre de Jerónimo en el de Juan, formó el que había de pasar a la posteridad entre los resplandores del genio y de la gloria: *D. Juan de Austria* (1).

(1) Consta en los anales de la insigne Orden del Toisón de oro que D. Juan de Austria fué nombrado caballero en el Capítulo XXIII que celebró dicha Orden en Gante en la iglesia de San Babón, a fines de Agosto de 1559 y que fué el último convocado y presidido por Felipe II días antes de su salida definitiva para España. Resulta por lo tanto que D. Juan de Austria fué caballero del Toisón antes de ser reconocido públicamente como hijo de Carlos V. En cuanto a la imposición de las insignias y toma del hábito, no consta dónde ni cuándo se verificaron. Debió de tener lugar, sin embargo, esta ceremonia a muy poco de su reconocimiento, porque en el magnífico retrato de D. Juan, pintado por Antonio Moro, que existe en las Descalzas Reales de Madrid y representa al héroe de Lepanto de unos quince años, luce ya sobre el pecho esta gloriosa insignia.

FIN DEL LIBRO PRIMERO